

guzlas y por las cadencias voluptuosas de los romances, retratando en sus espejos deslumbradores las bellas huries* del harem. Tal era el propósito de Hacem después de conocido su horóscopo. Y al trazarlo en la mente, al trasmitirlo de la mente á la voluntad, oyó de nuevo, en aquel aire perfumado por las esencias de los cármenes y por las nubes de los pebeteros el cántico voluptuoso de la ignorada cautiva cristiana, que, repitiendo su cantar melancólico, parecía invitarle al total olvido de la guerra y al culto del placer.

CAPÍTULO XVII.

Hacem conoció pronto el horóscopo leído por la penetrante mirada de Sidi en las estrellas. No había remedio: todos los anuncios del cielo, todos los dictados del sol, todos los signos del zodiaco, todos los planetas en sus conjunciones, todos los círculos de posición presagiaban á una con verdadero concierto la rota y caída del imperio musulmico en España y la imposibilidad completa de conjurar tal catástrofe señalada por el destino en sus decretos inflexibles desde tiempos muy remotos para un año, en la sazón de nuestra historia, muy amenazador y muy próximo. Se necesita estar en la piel de un musulmán para comprender cómo desconcertaría el horóscopo todos los propósitos guerreros de Hacem y con qué sumisión lo entregaría, cual atado de piés y manos, á la terrible autoridad del destino. Imagináos un Dios destronado, y caído desde las etéreas sedes á los profundos abismos;

imagináoslo, y alcanzaréis á vislumbrar el cambio en que Hacem se precipitaría desde las cumbres de su poder, donde las ambiciones, á su natural congénitas, habían visto centellear las esperanzas varias de tantas y tan fascinadoras victorias hasta el dolor de su desesperación. ¿Qué hacer contra el cielo? ¿Cómo quebrar en sus rodillas la férrea vara del destino que los pueblos obedecen y siguen como puede obedecer al pastor el rebaño? La notificación de la triste suerte de su reino, le aterró con gran terror; pero le sacó de un mal peor que todos los terrores, le sacó de la incertidumbre penosa en que por tanto tiempo se consumiera su alma. Decidió, pues, romper todos los lazos políticos que hasta entonces lo habían atado al carro de Granada y darse por completo al placer. Así, á la mañana siguiente de la terrible notificación, se levantó decidido á poner por obra su plan de vida nueva. Pero esto no debía obstar á que dijera una litúrgica oración, como cumple á todo buen musulmán.

—Las alabanzas son para nuestro Dios, y por Dios las buenas acciones. Salud y paz á ti, profeta de Dios. Que las divinas bendiciones caigan también sobre ti. Salud y paz á todos los servidores de Dios, justos y virtuosos. Confieso mil veces todos los días la fórmula sagrada de tu culto: «no hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta.» Prospera, Dios mío, el nombre de Mahoma en este y en el otro mundo. Haz por él, señor, lo mismo que has

hecho por el nombre de Abraham. Si he faltado alguna vez á tu fe, perdóname todos mis pecados. Compadécete de mí ¡oh sér por excelencia santo y misericordioso! Compadécete.

Y luégo, haciendo dos reverencias, una al lado derecho y otra al lado izquierdo, como para saludar á los ángeles de su guarda, remató la plegaria con estas palabras:

—Que la salud, la paz y la misericordia sean contigo.

Tales oraciones dirigió al cielo, y perdones demandó á Dios el Sultán, por haber tenido, en vértigo de rabia, no el propósito deliberado, el impulso ciego de matar á su mujer Aixá, quien al fin y al cabo le había en cierto modo anticipado cuanto le dijera el horóscopo en su triste y desnuda elocuencia. Cumplido el ritual de su oración, y satisfecha la justicia del cielo, tornóse á meter en cama, y trató de conciliar el sueño. Pero ¿cómo había de caer sobre los párpados cuando tantos y tan graves pensamientos le pasaban en la mente? Guerrero por condición, duro por naturaleza, empedernido en los feroces ejercicios de las peleas, cruel porque la crueldad se imponía á su vida y á su ministerio así en el empeño de debelar las tierras cristianas como en el empeño de someter los bandos musulmicos; su natural de campeador, y su oficio de monarca le imponían el buscar compensación, indispensable á tanta rudeza, en el alma tierna de una mujer, que le atase al hogar y le hiciese sentir la

felicidad contenida en los afectos dulces y sencillos. Pero si Aixá tenía bien puesta su fama de honrada, pues, la Horra sus gentes la llamaban, en cambio no tenía ninguna de las cualidades necesarias para endulzar las ambiciones de un imperante y embellecer los azares de un soldado. Fea de rostro, fornida de cuerpo, dura de corazón, fuerte de temperamento, altiva de carácter, cruel de entrañas, austera de costumbres, experta en los secretos de Estado, capaz de las hazañas guerreras, antes aparecía como un compañero compartiendo el trono de Hacem, que como una esposa encantando su existencia. Y Hacem necesitaba en los tormentos de sus ambiciones un consuelo, en los conflictos de sus batallas un iris, en la hiel de sus odios un lenitivo, en las empresas de sus guerras una hurí, en los secretos del hogar una beldad, en toda su vida un amor. Las leyes de su culto le permitían muchas mujeres, muchas esclavas; pero no encontraba en esos pobres seres, que se daban al favor real como tímidas florecillas al ardiente sol, aquellos esparcimientos de ánimo, aquellos coloquios de ternezas, aquellas inspiraciones de poesía, aquella dulzura de sentimientos, que constituyen los verdaderos hechizos de la vida y los verdaderos placeres del amor. A medida que llegaba tristemente á la madurez de su edad, ¡oh! despedíase de los ensueños de gloria naturales á la juventud, necesitando en compensación, y con mayor necesidad, de pasiones purísimas, y de una tierna mujer. El

cielo milagrosamente le deparaba la esperanza de encontrar satisfacción á esta necesidad con el cántico misterioso, que parecía bajar del paraíso entreabierto á sus aspiraciones y á sus llamamientos. Aquella voz angelical acababa de penetrar en sus entrañas y de conmoverle los senos mismos del alma. No dormía pues, no podía dormir, si no hablaba pronto con la beldad misteriosa, que le transmitió aquel fuego con su voz y le abrasó el pecho con su amor. Así es que, aún no asomaba casi la alborada, aún no relucían las nieves de las cordilleras, aún no entonaban sus primeros cánticos las alondras, aún no se oían los primeros rumores que al despertar produce la mañana, cuando ya Muley había recitado la sura consagrada por el Koran á la aurora, bendiciendo al Dios de la luz y rogándole que lo eximiera de los males anejos á la condición humana, de los maleficios subsiguientes á la luna eclipsada, del soplo de aquellos que arrojan su aliento sobre los nudos de los dedos, y del negro proyecto que lleva siempre en mientes el envidioso contra el envidiado. Y después que hubo cumplido estos rituales de su culto, llamó al principal de sus esclavos nubios, negro como el ébano y vestido de blanco como el alba, cuyo cuerpo se destacó sobre el tapiz rojo iluminado por el doble resplandor de la lámpara que se apagaba y de la aurora que nacía.

— Alah te guarde, — dijo.

— Él prospere tus días, — respondióle Hacem.

- ¿Órdenes?—preguntó el negro.
 —Inmediatas,—contestó el imperante.
 —Cumplidas al par de dadas.
 —¿Has oído cantar esta noche mientras velabas mi sueño un cántico de cautiva?
 —He oído.
 —¿De dónde provenía?
 —Creo que debió salir de la torre del harem.
 —¿No sabes quien cantó así?
 —Lo sé.
 —Dilo.
 —Una jóven cautiva.
 —¿A quién pertenece?
 —A tu hijo mayor.
 —¡Oh! Un joven tan apuesto dueño de tan preciosa prenda...—Exclamó Hacem rechinando los dientes de celos.
 —No te enfurezcas.
 —¿No?
 —No.
 —¿Pues cómo?
 —Esclava de tu hijo, está segura si la ama el padre.
 —¿Por qué?
 —¡Y tú me lo greguntas!
 —Boabdil es enamorado y gentilísimo.
 —Pero, como los cristianos, ama á una sola mujer, á la hija de Aliatar, á la bellísima Moraima.
 —¿De veras?

- Todas sus esclavas son meros adornos de sus estancias, meras aves de sus jaulas.
 —Me tranquilizas.
 —Está, además, adscrita al servicio de tu esposa, y ya sabes cómo las gasta Aixá.
 —¡En el joyero de mi casa y no haberla conocido!
 —Los que tenéis tantas riquezas, tomáis por despreciables vidrios los más preciosos zafiros.
 —Vamos al harem.
 —Toma algunas precauciones.
 —¿Qué dices?
 —No te lances desde tu trono sobre la cautiva como se lanza el águila desde su cielo sobre la presa.
 —¿Por qué?
 —Porque son de temer los celos y las venganzas de Aixá.
 —No me importa.
 —Debe importarte, si no por ti, por tu reino.
 —Condúceme con seguridad y sin peligro. Pero no olvides que ardo en deseos de ver á la muchacha; y después de verla ¡oh! arderé en deseos de mirarla; y después de mirarla, arderé en deseos de poseerla.
 —Todavía la conoces solamente por la voz.
 —Imposible que salga de un cuerpo deforme. El cuervo grazna; y gorjean el ruiseñor, el canario y el jilguero.
 —Pues más hermosa que su voz es su persona.
 —¿Cómo le llaman?

—Le han dado un nombre de estrella, la han llamado Zoraya.

—Estrella de mi fortuna será, estrella de mi alma, estrella de la mañana más feliz de mi vida, estrella de mis pasos.

—Pero si tú debes conocerla.

—¿Yo?

—Tú.

—¿Cómo así?

—Pues entre tus despojos ha llegado al harem.

—¿Qué me dices?

—Entre tus despojos.

—¿Entre cuáles? ¿Por ventura la cogí en Jaen cuando aprisionara en combate célebre á su obispo?

—No.

—¿Es una de las joyas encontradas en Zahara?

—No.

—¿Pues dónde alcancé tal victoria, superior á todas mis victorias?

—En el castillo de Martos.

—¡Ah!

—Zoraya es la hija misma del caballero Solís, inmolado por tus victorias sobre los mármoles de la iglesia de su castillo.

—¿Cómo se llamaba, pues, entre los cristianos?

—Se llamaba Isabel de Solís.

—¡Santo cielo!

—¿De qué te asustas y espantas?

—Pues me asusto y espanto de que la sangre de su padre y todos los suyos, la fe viva en la religión

de su cuna y de su hogar pueden separarla con abismos insalvables del rey que inmoló á su familia y del sumo sacerdote de unos símbolos litúrgicos y de unos dogmas teológicos repugnantes, con repugnancia invencible á su alma.

—Y me han dicho que la echa de muy entendida en achaques religiosos, y que se encuentra realmente apegada por impulsos de su corazón á la fe de sus padres.

—¿Eso más?

—Eso más.

—¿Te acuerdas ahora del atrevimiento que tuvo el embajador cristiano Vera, cuando en las galerías mismas del patio de los Leones fué osado á maldecir de nuestra religión y á loar las idolátricas supersticiones de su culto?

—Vaya si me acuerdo. Como que si no empleo todo mi poder se arma terrible zafarrancho en mi propio alcázar.

—Pues dícenme que tal osadía se cometió en cumplimiento de solemne palabra dada por el embajador á la hermosa cristiana.

—No importa, cuanto mayor sea la resistencia, resultará mayor también la victoria. ¿Pero cómo no llegué á ver entre los despojos á esa preciada joya, la cual debía resplandecer como una estrella é iluminarlo todo con su lumbre si el rayo de su mirada se parece al dulzor y regalo de su voz?

—Pues no llegaste á verla porque los celos y recelos de la chusma cristiana que traías cautiva te

debieron arrebatarse á la vista un objeto de tan crecida estimación.

— Isabel de Solís, todavía no te han visto mis ojos y ya te adora mi corazón. Tú serás mía, ó yo dejaré de ser. Guíame, pues, al sitio donde se halla tal tesoro.

— Vete, Sultán, por esa galería secreta de la izquierda y llegarás al tocador de la Sultana, tu mujer. Apenas el sol haya dorado los miradores del Generalife, cuando habrá salido tu cautiva de su recatado alhamí á barrer y arreglar la regia estancia de su señora.

— ¡Barrer! Su escoba debe ser celeste, y el polvo que levante debe convertirse en astros.

— Corre por ahí.

En efecto, el Sultán se personó en recatada tribuna del tocador de la reina, donde, tras las áureas rejas, veía sin ser visto. Ya el sol doraba las cumbres del Generalife, y Muley decía la oración de la mañana, que empezaba con las palabras «Dios vivo,» cuando salió Isabel de Solís, á quien llamaban los árabes todos Zoraya. El ciego de nacimiento, que ve la para él primera luz, no pasa la extraña emoción que pasó el alma de Hacem al sentir por vez primera en su vida el verdadero amor. Hubiéranse podido oír á un tiempo mismo los latidos de su corazón y de sus sienes, pues los sentimientos y las ideas pugnaban por romper su agitado cuerpo, que se estremecía como presa de un terrible accidente. Y no podía menos. La aparición era

sobrenatural. La cabeza de Isabel tenía las más bellas proporciones. El negro cabello le tocaba las plantas y la envolvía como un manto. Bajo la espaciosa frente centelleaban los profundos ojos con un centelleo celeste. Morena, derramaba en torno suyo el ardor que los desiertos y la poesía que una noche de luna en el Oriente. Así Muley estuvo á punto de lanzarse desde la tribuna, como había dicho su esclavo nubio, como el águila real se lanza desde los aires solitarios, desde el éter lejano, desde el cielo altísimo, sobre su codiciada víctima. Pero la necesidad que sentía de contemplarla sin conmovérsela ni interrumpirla ¡ah! le retuvo hasta el aliento.

Isabel comenzó por vestirse y arreglarse ella misma, creída de que nadie la contemplaba en aquel apartado retiro del nazarita alcázar. La túnica blanca se desprendió de sus hombros y quedó á los ojos del Sultán estático, tan hermosa y tan pura como Eva al despertarse en la inocencia sobre la tierra inmaculada del Paraíso. Hacem recitó involuntariamente allí, en el éxtasis de su alma trasportada á otro mundo, las oraciones llamadas en el Koran suras de Fátima y de Aichá, sin saber ni lo que hacía ni lo que decía, pues su alma estaba á los pies de Isabel como la misma blanca túnica que Isabel vestía.

— Dios mío — dijo Hacem; — te suplico por la penitencia y el arrepentimiento de Eva, por la huida y las promesas de Agar, por la fe y el martirio de

la mujer de Faraon, por la pureza y la virtud de la madre de Jesús, por la intercesión de Khadijá, por el amor al Profeta de Aichá, que me concedas pronto el favor de convertir esta esclava en sultana y de sublimarla desde su alhamí á mi lecho y desde su servidumbre á mi trono.

Isabel, entre tanto se apercibía perezosamente á vestirse, y se aderezaba por bien modesta manera. La camisa interior cayó sobre sus desnudas carnes como la nube sobre la luna. El largo cabello se recogió en modesta red y medio se cubrió con un gorrillo carmesí, que resaltaba sobre su sedoso lustre como la nube arrebolada sobre las tinieblas nocturnas. El pantalon bombacho se prendió al círculo de su cintura y á la garganta de sus pies. El modesto almaizar ciñó su cuerpo, y ya así, miróse en la fuente que corre en medio de la estancia y se encontró hermosa. Muley, descendiera de la tribuna y la tomara en sus brazos hartando su pasión, si no le moderara tales ímpetus el deseo de que semejante beldad amase en su persona, no al Sultán, sino al hombre. Esta consideración única le sirvió para no dejarse arrastrar de los ímpetus que le inspiraban aquel acceso de su fiebre amorosa y aquel hervir de su encendida sangre. Y se quedó contemplándola con el arrobamiento con que contempla el joven enamorado las gracias divinas de su primer amor.

¡Y tenía qué contemplar Zoraya! Lo primero que hizo después de vestida y arreglada fué irse á un

escondite y sacar de allí primoroso cuadro que representaba una imagen cristiana de la Virgen Madre, y besarlo mil veces, y consagrarle ferviente oración. Después encendió los pebeteros y quemó en ellos las esencias necesarias á embalsamar los aires. En seguida arrancó á los jarrones de metálico brillo las flores marchitas y los llenó de flores recién cogidas y brillantadas con gotas de matinal rocío. Y hecho esto, dirigióse á la pajarera llena de aves cautivas como ella, que, al verla, aletearon fascinadas por el resplandor de sus ojos, y atraídas á tomar un grano de alpiste en el rosicler de sus labios. Luégo abrió la celosía del ajimez y contempló ávida el pedazo de cielo que se divisaba por el cercano jardín, tras la cortina de jazmines y de la enramada que formaban entrelazándose, los naranjos y los granados, sobre los cuales subían al cielo las pirámides de los cipreses y desde el cielo se inclinaban sobre la tierra las coronas de palmas rematando el tronco enhiesto de las orientales palmeras. En aquella mirada dirigida por los expresivos ojos de la muchacha al cielo hubo una expresión tal, que Hacem creyó descubrir aspiraciones á la libertad y al amor.

—Tendrás más que el amor,—dijo entre dientes, sí, tendrás mi amor; y tendrás más que la libertad, tendrás mi trono.

Y apenas había dicho esto, cuando apareció su mujer Aixá, imperiosa, adusta, con la sonrisa del desprecio en los labios, con la aureola del insom-

nio en los ojos, mal ceñida en descuidado traje; y retratando en todo su sér las inquietudes asesinas de la ambición tan opuestas á las vívidas inquietudes del amor. Verla Hacem y salirse de la tribuna fué todo obra de un momento. Y salirse é idear el medio de arrancar su Isabel al dominio de Aixá obra de otro momento también.

Llegado, pues, del harem á Comares llamó á su esclavo nubio y le dijo:

— En ti pongo mi confianza.

— Yo en Dios, para que tamaño peso no me abrume.

— Necesito que Zoraya desaparezca de la servidumbre de Aixá y de Moraima.

— ¿Un rapto?

— No.

— ¿Pues qué?

— Una muerte fingida.

— ¿Cómo?

— Mi médico te dará á la presentación de este pergamino un narcótico; y quedará la cristiana como muerta.

— ¿Y luego?

— Di que un cristiano te ha ofrecido fuertes sumas por el cuerpo de su compatriota y quédate con ese preciado cuerpo.

— ¿Querrá Aixá venderlo?

— Necesita mucho dinero para sus conjuraciones y lo venderá sin escrúpulo. Allí tienes mi tesoro. Mete la mano en su caja y coge todas las perlas y

todos los zafiros necesarios al logro de mis deseos.

— Serás servido.

— En cuanto recibas el preciado cuerpo, sin que nadie lo advierta llevaráslo donde dice ese pergamino y lo tendrás en la estancia y en el lecho que rezan sus palabras.

— Tú mandas en mí como Mahoma en ti ó como Alah en Mahoma.

— Que nadie sepa dónde el cuerpo ha ido y que todo quede terminado con el día. Cuando la luna salga, esté Zoraya en el camarín designado y yo á sus piés.

— Tu voluntad es ley.

Y desapareció el nubio, quedando Hacem completamente entregado al juego caprichoso de sus pasiones y al curso vario de sus ideas en continuos íntimos callados soliloquios.

— Ambición — exclamó Hacem en cuanto estuvo solo — ¿de qué sirves á los humanos en el mundo? Andando alrededor de los objetos que deseas, en continua carrera, nunca lograrás satisfacciones completas. ¿Adónde subirás en la tierra que no veas algo ó alguien más elevado, siquiera ese algo sea el cielo y ese alguien sea Dios? Vencidos todos tus enemigos más encarnizados, rotos los reinos más rivales tuyos, aún no has destruido nada como no destruyas lo indestructible, tu propio deseo. Con todo el oro que ha arrastrado el Darro no puedes comprar un día de vida, ni detener un minuto del

tiempo. Con toda la gloria que te deparen obras y hazañas inmortales no puedes impedir que perezca en el último juicio la tierra donde está contenido tu recuerdo y grabado tu nombre. Cuando miras mil frentes inclinadas no sabes si se inclinan también las conciencias que tras ellas laten. Cuando están mil rodillas en tierra no distingues si también se han arrodillado las almas. La corona más ligera pesa con abrumadora pesadumbre sobre la frente y con profundísima tristeza sobre el corazón. La ambición tiene por hermana inseparable á la envidia. Así, aún no has sentido sus mordeduras en el deseo, cuando ya te ha amargado el paladar, como que se riegan y crecen con hiel. Toda ambición se ha arrastrado alguna vez, y al erguirse, ha tenido que desquitarse de sus humillaciones con la crueldad y la venganza. Como el ambicioso es el más egoísta de los hombres, también es el más solitario y aislado, aunque se encuentre en medio de numerosas muchedumbres. La palidez de la muerte tiñe sus semblantes, la nieve de las canas cae sobre su cabeza, la fatiga de la ascensión continua destroza su pecho. Yo detesto la ambición y quiero el amor. En estrecho nido ignorado de los hombres, contemplando eternamente á mi Zoraya, moriré también, pero moriré como se muere en la tranquila casa, llorado, y no como se muere en el proceloso trono, aborrecido. Una de las mayores desgracias que caen sobre los poderosos consiste en ignorar si las gentes les siguen y les aman por

ellos mismos ó por las altas posiciones que ocupan. Yo ocultaré á mi Zoraya mi corona; y ella me amará solamente por mis naturales prendas. ¡Oh día larguísimo! ¡Cuándo fenecerá tu luz, y vendrá la noche propicia de suyo á los amantes!